

**Sobre *Encuentro sin fin: con el camino del pensar de María Zambrano, y otros
encuentros*, de Jesús Moreno Sanz¹**

¿Qué quiere comunicarnos José Moreno Sanz con este su *encuentro sin fin*?

María Zambrano le llamó “un encuentro sin principio ni fin” a su primer contacto en La Habana con José Lezama Lima en 1936, cuando ella tuvo enseguida la certidumbre de “que aquel joven pertenecía a mi vida esencial”. ¿Azar o destino? Ya advertía el propio Lezama que “todo azar tiene su justificación”.

¿Cómo conoció J. M. S. a María Zambrano? Aunque él lo describe en su libro: primero, una llamada telefónica: los gatos, Spinoza, ¿bastaría solo *esto*? Después, otras incesantes conversaciones telefónicas, y las cartas que se cruzaron ambos. Como las de J. M. S. —excepto una— las conserva aún M. Z. guardadas en un cofre inexpugnable, me referiré a la titulada “Carta abierta a María Zambrano”, de finales de abril de 1981. Afinidades aparte, creo que lo que tuvo que conmover más a M. Z. en esa carta fue su *pathos* desarmadamente confesional: “Parecemos seres abandonados de todo pasado, errantes buscadores. Así, yo, como sin horizonte propio, sin independencia, sin libertad, en soledad. Como si nos hubiéramos vuelto irreales, ocupando todo el lugar de la verdadera realidad”. Es que M. Z. tuvo que sentir enseguida que lo que le hablaba a través del corazón de su amigo era *la vida sepultada*. Al final de la carta, esa vida tiene, sin embargo, *la esperanza de un nacimiento*. Dice: “Dime, ¿qué sueño tan renaciente, tan recuperado, es éste?” Para responderse esta pregunta acaso escribió J. M. S. su libro; para responder esta pregunta tuvo que transfigurar su pensar y su sentir, su vida toda. Y ello de la mano del pensar y del sentir de M. Z., a quien pronto conocería “en presencia y en figura”, en 1983.

Entonces, ¿qué filosofía, qué *pensar* es este, el de M. Z., capaz de cambiar desde la raíz una vida o, mejor, hacerla *reencontrarse* consigo misma, hacerla *rescatarse* a sí misma, hacerla *despertar*, *renacer*? Más allá del mandato sibilino que después le hace M. Z. a J. M. S. sobre la escritura de este mismo libro, creo que desde un principio —¿hubo un

¹ Presentación en La Habana del libro de Jesús Moreno Sanz, *Encuentro sin fin con el camino del pensar de María Zambrano, y otros encuentros*. Madrid, Ediciones Endymión, 1996. Publicado en *Unión*. La Habana, (41), oct.-dic., 2000.

principio?- ya estaba sellado ese destino, aunque acaso precisamente para escribir el libro tuviera J. M. S. que transformarse, *que irse* transformando. Su lucidez, que es mucha, es decir, porque siempre es desbordada –aunque sea de la mano de su heterónimo SIC- por su *sentir*, ha hecho presidir todo este libro por una cita de Píndaro: “Llega a ser el que eres”. Asimismo, y acentuando este su esencial sentido, pone en boca (inventa) de José Ortega y Gasset este juicio: “lo que tiene valor, lo que hay que salvar a toda costa, es la simiente del espíritu de lo que íbamos a ser en nuestra más íntima realidad radical. Pues en su germen nacen las posibilidades de una plenitud”. ¿Cómo no recordar ahora aquel verso de nuestro poeta ya ido, Raúl Hernández Novás: “El que ibas a ser está esperándote”, o un fragmento de un soneto de Fina García Marruz, precedido por la misma cita pindárica (y que, como se sabe, también Nietzsche hizo suya):

*Sé el que eres, que es ser el que tú eras,
al ayer, no al mañana, el tiempo insiste
sé sabiendo que cuando nada seas
de ti se ha de quedar lo que quisiste.*

*No mira Dios al que tú sabes que eres
-la luz es ilusión, también locura-
sino la imagen tuya que prefieres,*

*que lo que amas torna valedera,
y puesto que es así, solo procura
que tu máscara sea verdadera?*

¿De que vale entonces una filósofa divorciada de la vida? Recordemos el clamor nietzscheano, tan decisivo para M. Z. y para J. M. S. Dice Nietzsche en *La Gaya Ciencia*: “hasta el momento actual todo lo que le ha dado color a la existencia carece de historia, ¿dónde encontraremos, por ejemplo, una historia del amor, de la avidez, de la envidia, de la conciencia, de la Piedad, de la crueldad?...¿hemos estudiado acaso la división del tiempo?...¡queda tanto por pensar en estas materias!”. Como expone J. M. S. en su libro, preocupaciones afines tuvieron Simmel, Scheler, hasta Ortega..., la que llevó a M. Z. a escribir *Hacia un saber sobre el alma*.

Mas regresemos a la génesis vital de *Encuentro sin fin...* Así comienza J. M. S. su ensayo “Fragmentos de un orden”(1989): “Adentrarse en la escritura de M. Z. puede significar encontrar el centro obscuro del peligro que toda humana vida conlleva, con sus laberintos y perplejidades. Y también encontrar un método para la ya inexcusable indagación personalísima de un camino de regreso, de ascensión a la luz”. Esto es, la *anábasis* y la *catábasis*, explicitados de manera inigualable en el texto “El método”, de M. Z., en *Claros del bosque*. Ese juicio de J. M. S. nos recuerda enseguida que semejante impresión dejó M. Z. en Ciorán. Pero J. M. S. dice más: “Leer a Zambrano puede convertirse en un intrincado ejercicio de corrosión –de la propia banalidad, del horror de la historia, del terror y la gracia de la vida, de los torpes, o por veces *excelsos*, tratamientos que la filosofía ha dado del hombre y del cosmos, de, sobre todo, los vanos enfrentamientos a que se somete el posmoderno *pensamiento débil...*”. Otros puntos concurrentes nos ayudan a iluminar este suprasentido del libro *Encuentro sin fin...*: desde las bíblicas palabras de Jesús a Nicodemo sobre la necesidad de renacer –tema caro a Cintio Vitier, y a José Lezama Lima, quien se refirió a “la pobreza de no haber sido recorrido y salvado por el acto de nacer”, y sentenció: “La poesía sólo es el testigo del acto inocente (único que se conoce) de nacer”-, o de Holderlin: “Pues allí donde habita el peligro está nuestra salvación”, o estas del budismo zen: “Señor, que yo vea mi rostro tal como era antes de que yo naciese”, o desde las propias de J. M. S., cuando nos advierte, por ejemplo, que “la filosofía de M. Z. –dice a través del ardiente SIC- se vuelve completamente hermética para quien no sea capaz de escucharla desde su propia experiencia, quien no sepa hacerla re-sonar en sí”, o estas otras de su “Elogio a M. Z.”: “Yo admiré de M. Z. (...) la otra figura que todos somos y que pocos alcanzan –siquiera sea por instantes- a ser y vivir”.

Además de la cita cenital de Píndaro, ya comentada, otras citas que preceden al libro nos indican enseguida *lo que espera* el autor del mismo. Así, en “Con citas al empezar”, varias se proyectan –como el libro todo- contra el poder unilateral de la Razón, de la Historia, del Pensamiento Sistemático, y de ahí que se pronuncien por la irrupción de lo “sumergido”, de lo *naciente*, de lo *auroral*; por la de “otra fenomenología del Espíritu” (no hegeliana), otra historia inédita, “tal vez la prometida historia que nos libere de la historia”, y por otra forma de pensar, de sentir, de conocer a través de “inéditos sentidos humanos” –apetencia descomunal esta última, y que recuerda enseguida aquella sibilina

profecía de Lezama: “El *Paradiso* será comprendido más allá de la razón. Su presencia acompañará el nacimiento de los nuevos sentidos”. En otra cita clama por una “filosofía del hecho espiritual”, que también recuerda esos “hechos del espíritu” en que creía Martí (quien, por cierto, pensó escribir un libro llamado *El concepto de la vida*). Todo ello nos indica que lo que trata este libro es recuperar –con el pensar de M. Z.- todo lo que ha quedado “fuera de juego”, latente, sumergido, sepultado, avasallado, por la Razón occidental. M. Z. lo expresa nítidamente: “Ha sido una especie de imperativo de la filosofía, desde su origen mismo, el presentarse sola, prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser. Mas lo ha ido consumiendo, o, cuando así no lo conseguía, lo ha dejado en la sombra, tras de su claridad”. Es a lo que le llamaba M. Z., irónicamente, la *renuncia* o la *castidad* de la filosofía. Por eso ella pretende, escribe J. M. S.: “la paradoja de ir más allá de la razón, y de los sentidos, hacia la sede del más íntimo sentir: lo que Zambrano llama *sentir originario*”. Todo esto es manifestado por SIC en su ensayo “Siempre velar: Ejercicios de per-umbras con María Zambrano”, de una manera insuperable.

Pero regresemos, de nuevo, al libro, al sentido o a los sentidos de *Encuentro sin fin...* Primero, al problema de su autoría. Además de participar en el libro otros autores, está escrito, también, por varios heterónimos –o complementarios-: el sensato, sanchesco Cándido Morantes, el ardiente, visionario SIC, el irónico, escéptico Zacarías Melgar, Rubén Fos, entre otros, además del propio Jotaemeese, incluso, este, otro heterónimo de José Moreno Sanz. Este procedimiento deviene necesidad estructural, más, fidelidad a esa “multiplicidad de los tiempos” que preconiza la propia M. Z.

El libro, además, se proyecta *al revés*, esto es, hacia sus orígenes, opuesto al conocimiento lineal, y opuesto a su despeñamiento incesante en un porvenir causalista –que no futuro, según la distinción zambranista-; diría Lezama, no hacia un “tiempo sucesivo”, sin “epifanía”, por donde J. M. S. intenta situarlo en ese “ancho presente”, como lo nombraba M. Z., donde el pasado, el presente y el futuro confluyen, es decir, en ese “tiempo reminiscente”, según Cintio Vitier en su *Poética*. Es por todo esto que este libro se titula *Encuentro sin fin...*; y, con respecto a su avance hacia los orígenes, funciona según el sentido de dos frases de Ortega: el “canto del revés” de las sirenas, y esta otra: “la filosofía no se puede leer –es preciso desleerla”. Es decir, autores, sujetos múltiples, simultáneos, y tiempos-espacios múltiples, simultáneos. Cruz: lo horizontal y

lo vertical; lo analógico y lo anagógico; las metamorfosis y las transfiguraciones, en concepción, sin duda, que hubiera sido tan cara a José Lezama Lima.

Todo ello, además, parece indicar que acaso el único tiempo real es aquel que se nutre de un perenne nacimiento, que esté presidido por una incesante aurora. Pero, en otro sentido concurrente, *Encuentro sin fin...* pretende ser fiel a ese pensamiento *lunar* de M. Z., que nos recuerda el mito de la Diosa Blanca o Negra, recreado por Robert Graves. Uno de los aciertos de SIC es calificar a M. Z. como una pensadora lunar, que no solar. La multiplicidad autoral trata también de sortear el peligro de las sucesivas máscaras que pueden mediar en el conocimiento del rostro –o de la entraña- de una persona. De ahí la cita recurrente de Empédocles: “Repartir bien el logos por las entrañas”. Y diré, de pasada, si acaso ya no se ha hecho evidente hasta aquí, que en pocos libros las citas son tan iluminadoras, tan funcionales: pocas aunque, eso sí, recurrentes, pero siempre reveladoras.

Mas, ¿cómo se suele presentar esta polifónica constelación de autores? Y esto es ya un acierto gnoseológico –y poético- enorme de este libro. Pues como sujetos marginales, mestizos, extranjeros, ex-céntricos, periféricos, clandestinos, siempre entonando –o cantando- sus “discursos”, desde los márgenes, los bordes, los confines, los umbrales, los afueras, las lindes, es decir, siempre situados, como los niños, en las *inmediaciones* de la casa del Ser, en los afueras del Lenguaje, como se explicita en un texto de un autor real, José Luis Pardo, “El país de los compositores de cánticos”, texto entrañable para cualquier cubano, donde, a la vez que se comenta frase a frase el son “De donde son los cantantes” o “Son de la loma”, se expone, poéticamente, una profunda teoría sobre los márgenes de la Filosofía y del lenguaje. Porque se habla, o se canta, precisamente, desde ese “País de al lado”, ese país sepultado en los orígenes, en la infancia, en el nacimiento; y anotemos rápidamente que una de las esperanzas –que no utopía- que J. M. S. colige del pensar de M. Z. –y de la mano de sus fuentes sufíes- es el clamor por ese *niño del futuro*, también tan nietzscheano o, agregaría yo, es la necesidad de ese hombre interior paulino, o el agustiniano hombre nuevo. Es decir, ese *anthropos eterno*, ya no mutilado por la violencia de un excluyente pensar, o un caótico deseo, sino salvado por un otro conocimiento unitivo, a la vera del anhelo originario: “ansia de paraíso”, de “unidad perdida”, para decirlo con palabras de M. Z. Precisamente este libro tiene como una de sus mayores claridades – pues de impasibilidad filosófica tiene

mucho también- el indicar el método zambranista de la *visión unitiva*, como una forma de conocimiento que debe ser recuperada y/o alcanzada por el hombre del futuro. Es decir, “reencontrar un logos perdido” o la apetencia spinozista: “el orden y conexión de las entrañas con el orden y conexión del universo”, tan bien ilustrado por su texto “El método”, de *Claros del bosque*. Solución unitiva que apeteció Lezama o, sencillamente, develamiento, manifestación del “*misterio del cuerpo del espíritu*”. Cuerpo perdido y/o cuerpo prometido. O, como escribe SIC, “*Logos, en definitiva, verbum, palabra. Encarnado, habría que añadir. Y roja, en sangre*”. De ahí que M. Z. pareciera orar al repetir la frase cervantina “un poco de luz para la sangre”, a su regreso a España, lo que recuerda su convicción de que “El pensamiento (...) tiende a hacerse sangre”.

Este verbo encarnado, aludido aquí, no es otro que el que es llamado de múltiples maneras por M. Z., o por J. M. S., a lo largo de todo este encuentro sin fin: *logos spermatikos*, germinante o sumergido; razón simbólica, mediadora, creadora o poética; sentir originario; saber sobre el alma; lógica del sentir, de las entrañas; pensamiento encarnado. O, como expresa J. M. S. en su ensayo capital –para describirlo *en acto*– “roce adivinatorio horadador”. Por cierto, sería fascinante relacionar este *roce adivinatorio horadador*, así como la *mirada remota zambranista*, con el Eros del conocimiento y el Eros de la lejanía lezamianos. No hay que olvidar que, como advierte siempre J. M. S., M. Z. halló una esencial inspiración en el *ordo amoris* de Scheller. ¿Y cuáles son sus razones sino razones de amor, razones del corazón? Las mismas que movieron a Martí a expresar “Es el amor quien ve” o “Amar: he ahí la crítica”. Las razones del corazón, que son las razones de la misericordia, de la piedad, razones, como se sabe, tan caras a Orígenes.

Debo reiterar que, aunque este libro fue escrito como jugando, no está exento de una acendrada impasibilidad filosófica –aunque acaso no tanta como querría el maestro Xacariás Melgar. Pues aunque el libro se anuncia como un juego –y también lo es- no hace concesiones pueriles. Después de más de cien páginas de introducción sólo puede –o debe- continuar su lectura quien haya decidido –y sentido- “entrar en el juego”, que es lo mismo que decir entrar “más adentro en la espesura”. Y yo diría más, sólo debe proseguir quien se sienta impelido a hacerlo por una razón de amor. Es en este sentido que funcionan sus alusiones a la “gaya ciencia o ciencia jovial” nietzscheanas, o a la “táctica de la alegría” spinozista. Esto nos recuerda una frase de Chesterton que cita

Cintio Vitier a propósito del padre Félix Varela: “La alegría es el secreto del cristiano”. Uno de sus heterónimos, Rubén Fos, después que ha hecho una conmovedora asunción de José Ortega y Gasset, da paso en el libro a un apócrifo de Ortega, donde se discurre sobre la *farsa jovial* y la *ironía*, nociones esenciales para comprender el sentido de *Encuentro sin fin...* Vale citar, a propósito, la frase del Ortega apócrifo: “Pues el rencor va al arte con seriedad; el amor, al arte victorioso como farsa”. Y esto nos devuelve de nuevo al *orden de amor* y al tipo de pensar de J. M. S., que es sin duda, un pensar de *participación*, como lo tuvo Martí, Zambrano, Lezama y, felizmente todavía, Cintio Vitier y Fina García Marruz.

El tema del rencor, de la crítica, de la ironía, contrapuestos al amor, la creación, la poesía, se emparenta también con el de la máscara y, sobre todo, con el recurrente de la impostura, de la vanidad. Sólo quiero indicar –porque el tema sería vastísimo– que en el libro de J. M. S. –en su persona, pues– no hay ni asomo de impostura, sino *infancia rescatada* –ese *niño interior*– y una enorme fe para jugar un juego donde se escribe con sangre. ¿No advertía Fina en un verso que “La alegría es solemne como el mar”? De ahí que sea tan recurrente en J. M. S. la cita de Heráclito: “No se puede comprar el corazón porque lo que el corazón quiere se paga con la vida”, así como la visión del santo sufí ofreciendo a los cielos, sobre una de sus manos, su propio corazón... Precisamente el punto de comunión que encuentra J. M. S. entre M. Z. y Louis Massignon –como mediador entre el cristianismo y el islamismo– es uno de los hitos de este libro para una comprensión o una posible participación en el *secreto* de M. Z., así como todo lo referido a la *visión*, o *visión segunda*, con ascendencia sufí.

No puedo detenerme, sin embargo, en los múltiples aspectos –vastas zonas del conocimiento y fuentes de pensamiento más bien– que aborda este encuentro sin fin con el camino del pensar de M. Z. Uno de ellos, hubiera sido, sin duda, la carta de Cándido Mirantes sobre la controvertida pertenencia de España a la modernidad –tema a veces explícito, como allí, o a veces subliminal, pero siempre esencial en el libro (muy caro, por cierto, al lunático SIC), y que enarca sin duda no *una* problemática, sino *la* problemática decisiva para el mundo iberoamericano en este sombrío fin de siglo, y que supone una de las constantes de la proyección del pensar de María Zambrano, sobre todo como lo que ya es, una filosofía, mejor: una sabiduría, un pensar, un sentir, del futuro de la humanidad, que ojalá que sea, según la acepción zambranista del futuro, un

futuro de libertad, un encuentro sin fin del hombre consigo mismo, lo que es lo mismo que decir con la Naturaleza, con Dios..., para que se logre “el orden y conexión de las entrañas con el orden y conexión del universo”.

Quiero concluir –espero no concluir nunca sin embargo- recordando, junto con SIC, que “Los encuentros sin fin son sólo aquellos que no se buscan”, quien sigue en esto a M. Z., quien desde su *Claros del bosque* nos advierte: “Pues si nada se busca, la ofrenda será imprevisible, ilimitada”. Esta es pues la lección de los claros del bosque y de todo encuentro sin fin. Todo este libro revela una entrañable fidelidad a ese *Incipit vita nova* dantesco, que también cita M. Z. en *Claros del bosque*. Porque este es un libro que, por encima de sus calidades de escritura, de sus profundas penetraciones cognoscitivas y de sus deliciosos, joviales alrededores, muestra un camino o, al menos, su propio “camino recibido” de la mano del pensar y del sentir de M. Z., pero ya, también, de la mano de su propio sentir. Me atrevería a afirmar que *Encuentro sin fin...* es, son, sí, unas “íslas extrañas”, pero también unas “lámparas de fuego”, esto es, una isla de epifanía dentro del soberbio corpus de la filosofía occidental. Y que, por lo tanto, entraña una indecible esperanza. Es un raro, un forastero, un exiliado, un lunático, un extranjero, un mestizo, un marginal y, como aquel misterioso huésped de Enmaús, del que, parafraseando a Fina, “no logramos recordar su nombre” y que “ha de partir, al alba”.

La Habana, 13 de noviembre, 1996